

D20
S4
V.4

MANUEL RODRIGUEZ EDITOR

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA Y CONTINUADA HASTA NUESTROS DIAS

REGUR DE TIAN DE

CÉSAR CANTU

D. NICOLAS M. SERRANO

Esta obra es propiedad de don Manuel Rodriguez,
y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni
traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TOMO IV



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Madrid: Establecimiento tipográfico de José Amalio Muñoz, Cuesta de Ramon, núm. 3

INTRODUCCION

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LA EDAD MEDIA

Un inmenso vacío nota el ánimo atento en el dilatado mapa del campo recorrido por la activa humanidad desde la caída de aquel decrepito imperio, que fué un día señor del universo, hasta el advenimiento de aquel fuego de la soberbia humana, encendido por el apóstata de Witemberg. Dúdase, y con razón, si acerca de la edad media sólo hasta el presente están copiados los hechos que el tiempo no ha destruido, y las grandezas que encontradas en abundantes ruinas sirven de profundo tema al pensador, de entusiasmo al poeta, de modelo al artista, de sorpresa al historiador y de respetuosa veneración al creyente.

Ante esta duda racional, ¿qué mucho si se afirma de esta gloriosa edad de la vida humana, que su historia no está escrita?

¿Ni quién intentará en la brevedad de la vida concretar y explicar la época de Carlomagno, San Ildefonso, Santo Tomas, el Dante,

Alfonso X, San Fernando, Santo Domingo y San Francisco de Asis?

Pues qué, ¿no nos dicen hasta las enseñanzas mismas de los modernos genios de la historia, que las doctrinas de los sabios concilios, las leyes de códigos memorables, las disposiciones sobre la familia y la propiedad, la organización feudal, los monumentos del arte gótico y aun la concepción sublime de tantas glorias apenas vislumbradas, son al presente, sino un misterio, un santuario donde la débil mirada del hombre no alcanza a discernir con certeza las grandezas de las miserias?

Moller, Cantú mismo, el artista que con hábil pincel ha trazado el cuadro bellissimo titulado *Discurso sobre la Edad Media*, cuyas líneas, semejantes a los detalles de una hermosa pintura, no pueden corregirse sin robar a la obra sus encantos, ¿no nos aseguran que la debilidad ó insuficiencia de las fuentes nos im-

006312



piden penetrar en el fondo de las instituciones de la edad media?

Bárbara apellida á la edad media la superficial ilustracion y decadente civilizacion de la edad moderna, como si la *Suma* de Santo Tomas y la *Divina Comedia* tuvieran rival en la edad contemporánea; bárbara á la época del Fuero Juzgo y las Partidas; bárbara á la edad gloriosa de Salamanca y Bolonia; á la edad histórica de las cruzadas; de la lucha epopéyica de España contra la media luna; de los concilios de la Iglesia romana; de Galileo y Diego de Zúñiga, el ilustre maestro español que habia iniciado el movimiento de la tierra ántes que el célebre italiano; á la edad de Colon y Diego de Deza; á la edad en que surgen para mejorar su existencia á la ingrata edad moderna los inventos de la pólvora, del papel, de la brújula, del cristal, del reloj, de la imprenta y de otros cien, que sólo la ilustracion y sabiduría, y virtud, y heroísmo y grandeza de la edad media pudo llevar á cabo y término feliz; bárbara apellidan á esta edad los que ignoran los tesoros de su fe, de su arte, de sus generosas aspiraciones, en fin.

La libertad individual, la familia, la alteza de la mujer cristiana, la poesía, la pintura, la arquitectura, el grabado, la lógica y la química, la teología y la filosofía, los hermosos templos góticos y las bibliotecas, los caminos y las ciudades, los trajes y las monedas, el estudio de la antigüedad, las libertades, municipios é instituciones sociales, no tienen otro origen, para la edad en que vivimos, que la madre apellidada bárbara de la edad media.

Bien á raíz de los trastornos y sacudimientos de los pueblos bárbaros en el suelo de Europa, un pueblo rudo, salido de las ásperas montañas del Norte y asentado en las márgenes de las hermosas riberas de la antigua Iberia, dictaba á sus súbditos un código que sólo la superficialidad del vano Montesquieu pudo apellidar bárbaro, cruel é inhumano; código que contenia tales y tan grandes conceptos de justicia, moral y derecho, que á muchos pensadores contemporáneos puede servir de texto y á no pocos códigos modernos de útil

enseñanza para mantenimiento de las libertades públicas.

La larga serie de los siglos de nuestra epopeya, orlada aparece de coronas de gloria y de triunfo, ya no sólo en los campos de batalla, sino en los códigos é instituciones, cuyo valor y grandeza nos revelan las Partidas, Salamanca, Oviedo, Sahagun, Leon, Carrion, Santiago y las egregias moradas de tanto santo ilustre, de tanto sabio congregado en las tranquilas celdas de los soberbios monasterios, de tanto héroe amaestrándose para los dias de lucha en los anchurosos patios de los castillos feudales, de tanto artista, en fin, como forma al presente la admiracion de propios y extraños.

Si grande y memorable papel desempeñan Italia y Alemania y Francia durante la edad media, fuerza es confesar, no por ciego espíritu de amor patrio, ántes bien por veneracion á la verdad histórica, que España es la primera entre las naciones de la edad media, que mayores títulos ofrece á la sábia crítica para ensayar con los rayos de su luz histórica el poder penetrar en el oscuro horizonte de la misma.

Muchos y loables son los esfuerzos aislados que han contribuido á esclarecer en España esta parte de la historia, y si bien la arqueología, la jurisprudencia dogmática, la arquitectura y la pintura han hallado innumerables testimonios de sus glorias en los descubrimientos debidos á tantos ilustres autores, nadie podria negar, que aún ignoramos gran suma de conocimientos acerca de nuestras instituciones, de nuestra cultura y de nuestra organizacion social durante la edad media; que están sin explicar documentos notables, haciendos en nuestros archivos, á pesar de los trabajos y celo de un cuerpo digno de mejor suerte, que en los archivos y bibliotecas de España ha ordenado el abandono de muchos años de esta edad moderna, apellidada sábia, y que apenas ha sabido ni aún conservar las grandes glorias de su patria. Mucho ménos podria extrañarse que permaneciendo inéditos escritos reputados por notables entre los que se encuentran algunos del rey D. Alfonso X y otros



más dignos de publicidad haya sido difícil consultarlos. Instituciones hay que aún viven, cuya sola historia tradicional es una gloria, que conservan en viejos estantes legajos antiquísimos patentes de memorables hechos, que yacen empolvados despues que en épocas de vandalismo, en estos últimos años de trastornos infecundos, combates y reyertas, han sido cercenados vendiéndose al peso. No quiero recordar que uno de estos sucesos ha acaecido en una antigua ciudad, cuya universidad es célebre en todo el mundo.

Ni uno solo es el caso, para mengua nuestra, que pudiera citarse, en materia de abandono tan criminal respecto á los títulos de tantas y tantas glorias españolas. Los municipios, la nobleza, las instituciones civiles apenas han podido legarnos incompletos los documentos que más directamente afectaban á su organizacion y modo social de ser: cohibido y empobrecido el clero, apenas si ha podido, con no pequeños esfuerzos, conservar sus tradiciones escritas.

No ha podido, ni á tanto hubiérase atrevido la impiedad moderna, borrar las huellas del arte marcadas para siglos en los santuarios gigantescos de Leon y Búrgos, Toledo y Avila, Santiago y Zaragoza, Segovia, y Zamora y otros cien; pero ha dado muestras de su espíritu ignorante y malvado, al destruir obras de arte que serian la honra artística de otras naciones europeas, convirtiendo restos tan admirables en cimientos de plazas de toros, ó aplicando la tea incendiaria, mediante auto gubernativo á antiguos y venerandos conventos, tan célebres como el de Sahagun la patria de San Juan, el pacificador de los bandos en Castilla, cuyo monumento fué mandado quemar y demoler por una autoridad que murió poco despues arrastrada por las turbas en una provincia distante de Leon.

A no ser porque las grandezas de la edad media están arraigadas en toda Europa en monumentos imperecederos, y en España no hay lugar ni espacio desde Covadonga á Sobrarbe, donde no estén esculpidas indeleblemente, los impíos detractores de esta edad quizás hubieran de llegar á presumir de un triunfo innegable, habiendo cooperado á la

destruccion de sus monumentos y á alimentar una ignorancia fatal sobre esta materia.

Si sólo lo culminante de esta época es ya sobrado tema para escribir títulos de tanta valía á favor de esta edad noble y querida, ¿qué mucho que dando acertada direccion á los estudios, y quietud y reposo, medios á la ilustracion de la juventud española, se alcance á resucitar preciosos documentos que consultados den luz y esparzan claridad hermosísima sobre esas que ántes llamaban oscuras nubes de la edad media?

No nos atrevemos á consignar que no esté absolutamente hecha la historia de la edad media, pero sí que falta aún mucho para llegar á aquel grado de certeza histórica que fuera de desear. Sabido es que el espíritu de la edad media, basado en las creencias augustas de la fe en Jesucristo y su Iglesia, llevó á cabo tan grandes empresas, como quizás no verán jamás los siglos; pero ocultos al presente algunos testimonios, faltos de orden y coordinacion los más, ignorados muchos móviles, sin clara explicacion códigos é instituciones, apenas puede el talento generalizador del sabio ofrecernos más que estudios parciales.

Estos trabajos, sin disputa, reunidos á la larga de los años, servirán de rayos para formar el sol que ilumine la edad media, ya mirada hoy con tanto respeto, como censurada ayer por los secuaces del racionalismo.

Hanse escrito y escriben en Europa estudios comparativos de unas y otras edades, y dadas las condiciones sociales de la vida moderna, ni aún sus formas externas de política alcanzan á parangonarse con buen éxito al lado de otras instituciones que pasaron.

De todas ellas quedan en las antiguas crónicas memorias indelebles, si bien la aridez y laconismo en muchas, roba los encantos á hechos gloriosos. Época de sencillez y de verdad, mueve la austera voz del monje y ermitaño, con el eco breve y solemne de la voz que busca la justicia en un más allá de paz y de reposo.

Las revueltas de caudillos y de gentes, el movimiento de los nobles, la ambicion de los magnates, las aspiraciones de los municipios,



y hasta las generosas tendencias, mal interpretadas á las veces, de comunidades y cabildos, llenan un fondo interno de nobleza y generosidad, apenas comprendido por quien sólo para su atención en sangrientos luchas y aspiraciones terrenales.

No faltaron ciertamente vicios, y grandes, en aquella edad, que donde quiera que el hombre ha puesto su planta sobre la tierra, ha agotado las hermosas flores de la virtud y de la pureza; pero aquellas almas generosas y creyentes, volvían al atrio del templo y al pié de la cruz con el llanto de la Magdalena más fácilmente que los espíritus obstinados y descreídos de esta edad neo-pagana.

Envanécense los pueblos modernos de la independencia de la jurisdicción y poderío del pontificado, autoridad la más santa, la más civilizadora y la más libre, y al volver su mirada á la edad media y oír siempre la augusta, sabia y solícita voz del vicario de Jesucristo en la tierra, del romano Pontífice, resonando como palabra de padre, sobre los asuntos de los reyes y de los pueblos, maldicen del amor y de la paz y de la unidad legítimas, para buscar los saludables frutos de aquellos prodigios que no se repetirán, en el auxilio de los grandes centros que la oculta y maquiavélica revolución ha creado, como si las logias de la tiránica masonería, que sólo viven como el espectro del crimen de la oscuridad y sólo se alimentan, como él, con hirviente sangre, pudiesen guiar á los pueblos á su verdadero destino, como la voz de aquel que enseñó á Europa los caminos de la santa libertad, y la guió como guía al mundo con palabras de doctrina santa é infalible.

En todo hallan, no ya sólo los corifeos del racionalismo extranjero, tinieblas y trabas al tratarse de la edad media y del pontificado, sino los mismos discípulos de aquellos, españoles de origen, extranjeros en creencias. Ahí están los ecos del cantor de una historia que no se cumplió jamás, Emilio Castelar, embelleciendo y empujando al par los siglos de la edad media, retratándolos como una oposición continua á la historia moderna; ahí el jefe del federalismo teórico español, Pi y Mar-

gall, ensalzando en algunas pequeñas páginas sobre la edad media á Epicuro, para denigrar al espiritualismo católico de la edad que engendró á Santo Tomas de Aquino, cuya sola gloria bien puede cambiarse por todas las glorias juntas del paganismo y por todos los triunfos del neo-paganismo contemporáneo.

Lanzan estos heraldos de la impiedad moderna, discípulos de Vico, de Hume y de Sison, dudas preñadas de mortal veneno sobre una edad que desconocen, y sobre las páginas de una historia que no está del todo comprobada; pero aséstanla sus dardos con empeño febril, porque ya alcanza al presente títulos de respeto que la nueva edad ni puede negar, ni amenguar en un ápice sus glorias.

La tan denigrada Inquisición, la generosa fe, las universidades, los municipios, el feudalismo, la propiedad, los conventos, la esclavitud de la Iglesia bien medido y estudiado son tema cada uno de ellas, que ya no sufren los bárbaros ultrajes de los sayones de esta que llaman libertad moderna, y al comparar el comunismo que levanta su cabeza en la edad en que vivimos á impulsos de un pueblo desheredado y engañado, que ve en manos de los avaros y de los apóstoles de la libertad sus campos, sus prados y sus montes; al examinar las pomposas constituciones plagadas de palabras vanas y de ilusorios derechos; los consejos de guerra en las juntas masonicas, convertidos en tribunales misteriosos en los frecuentes días de conmociones públicas; las universidades ateas que roban la pureza de doctrina á la conciencia de los jóvenes y maniatan la libertad de los honrados padres, para entregar á sus seres queridos á la dirección de los más impíos tiranuelos; las logias y los centros de prostitución en reemplazo de aquellos conventos de la edad media, refugio del pobre, auxilio del talento y escabel del genio; las constituciones en fin ateas, con la sabia y prudente y enérgica autoridad de los reyes, no se puede sino compadecer tanto más lo presente como envidiar lo pasado.

Y no se crea que renegamos ni maldecimos de los progresos de la edad presente, heredera de tantas edades; no, ántes bien, saludamos



con orgullo á la imprenta, al telégrafo, al vapor, que llevan y esparcen las ideas del Evangelio por todos los ámbitos del mundo; ni tampoco de las ideas puras, santas y verdaderas de una civilización y una cultura amplias, extensas y cristianas, no y mil veces no; ántes de hinojos sobre el polvo de la tierra y con las manos elevadas al cielo, nuestro espíritu da gracias al Todopoderoso por tantos medios de alabanza como ha puesto á disposición de la pobre criatura; mas esto no impide que con frases de verdad, de rectitud y de imparcialidad consignemos que esta edad que agoniza á la vida de la fe, del espíritu, de la libertad legítima y del verdadero progreso, sea apellidada y deba serlo ante la historia con razón, como época de retroceso en el camino del bien, á cuyo término debiera encaminarse la humanidad, como á su centro, como á su único y verdadero término.

Si, pues, fuera de esta disección y de este término al bien para que el hombre fué criado, no hay felicidad para los pueblos, fuerza es confesar que tanto más nos acercamos á la barbarie cuanto más distamos del fin á que Dios nos destinó.

Hé aquí, por qué, la edad moderna dista más de lo que apellidan hoy ideal histórico, que la edad media.

Rotas por el racionalismo todas las leyes de unidad, así en el orden religioso, como en el científico y político, caminando á ciegas los gobernantes en busca de progresos y leyes que sustituyan á las antiguas ya derogadas por *bárbaras*, apenas se alcanza otra solución que la fuerza y la discordia y las revoluciones en fin más sangrientas.

A la unidad veneranda de creencias, á la unidad de la autoridad política, á la unidad católica de la ciencia, y hasta á la unidad de la familia, se han sucedido la llamada libertad de conciencia, error nefando que sólo sirve para encubrir los vergonzosos crímenes de la edad en que vivimos; la diversidad de poderes; y el divorcio, y el adulterio y la disipación.

Aplicado á la sociedad el móvil de injustas é inoportunas leyes, se han querido borrar del fondo del corazón de los pueblos costum-

bres, tradiciones, derechos y fueros, que constituían su modo de ser social, su vida interna, y á la unidad de sentimiento nacional se han sucedido fatales aspiraciones de independencia.

Las grandiosas herencias que la edad llamada bárbara nos legó allende de los mares, conquistadas por heroicos defensores de la fe y monarquía castellana, la ambición y el orgullo de estas nuevas edades las han perdido; las perdieron ¡ay! porque á las sabias disposiciones dictadas por el concepto católico, siguieron los preceptos de los ambiciosos y de los secuaces de la libertad, tildando de retrógrados á las hijas de Santo Domingo y San Ignacio, y de genios del progreso y de la ilustración moderna á los que por sólo el oro y el despotismo y la vanidad del mundo fueron un día al mundo de Colon.

Séanos lícito, en fin, consagrar un tributo á las libertades castellanas, que sólo murieron cuando el humo de la gran hoguera del apóstata Lutero, entoldó el cielo de la católica Europa. Si en defensa á la libertad maldicen de la edad media los racionalistas modernos, ya sabréis á quién debe la tiranía Europa, á la llamada libertad de conciencia.

Ni somos nosotros, creyentes y católicos, los únicos que así juzgamos de la edad media; escritores protestantes casi afirman con sus consecuencias el hecho que aducimos.

Antes de entrar en la relación de la historia de la edad media, séanos lícito, siguiendo el método de esta obra, superior á nuestras débiles fuerzas, consignar en unidad de plan, las teorías más notables, reproduciendo algunos notables pensamientos del eminente César Cantú, creador, si permitida es la frase, de este amor que se ha despertado en Europa hácia la edad media en el orden histórico y social, ya que en el religioso, no al ilustre y estimable Cesar Cantú, sino á la ilustración católica es debido ese fuego santo de admiración á la edad media que nunca se ha extinguido.

Hablando de las crónicas dice Cantú (1): No obstante lo débil de este auxilio, todavía tenemos que lamentar su falta en algunos ca-

(1) Cantú, t. III, discurso sobre la Edad Media.



esos. Desde la caída del imperio romano hasta Carlo Magno, el Occidente no cuenta otro historiador más que Gregorio de Tours: en los archivos hay un farrago de noticias, en algunos custodiadas con estúpido celo, y en otros con mejor acuerdo publicadas en parte; pero esta parte apenas basta para excitar el deseo de averiguar lo mucho que permanece ignorado; cuanto más, que se necesitan una obstinación y una paciencia á toda prueba para arrosar el tedio de leer tantas insulsecas tan mal pensadas y tan mal dichas, acaso sin más fruto que el de obtener una indicación ó la certeza de una fecha ó de un nombre. Y luego, aunque el historiador posea toda esa obstinación, toda esa paciencia ¡qué discernimiento y al mismo tiempo qué imaginación no debe tener para sobreentender lo que se ha pasado en silencio, para plegarse á aquellas civilizaciones diferentes para juzgarlas con exactitud! ¡De cuánto ingenio no debe estar dotado para convertir en verdades prácticas las indicaciones que se le escapáran al cronista, y que no fueron comprendidas por los demás!

Pero sin estas dotes ¿cómo aventurarse en semejante oscuridad? ¿Cómo describir la existencia de una nación vencida y su nombre, envilecida ó temblorosa bajo la espada de los fuertes, cuyas empresas, cuyos asesinatos elogiados, cuya tiranía adulada, forman el único tema de la narración? ¿Por qué medio distinguir dos pueblos que vivieron en el mismo territorio sin mezclarse? ¿De qué manera conocer el grado en que se mezclaron, la modificación mayor ó menor que en el uno produjeron la organización y costumbres del otro, y el punto á que llegaron la arrogancia de los dominadores y la paciencia de los vencidos?

De este conocimiento depende precisamente la explicación de los tiempos modernos; porque las instituciones que hacen á los pueblos europeos esclavos ó libres, felices ó desgraciados, proceden directamente de las de la Edad Media; y en éstas es en donde debemos buscar las razones de nuestro ser, los títulos de nuestros derechos, los obstáculos que se oponen á las mejoras, los medios de superarlos y de

aplicar más inmediatamente las doctrinas sociales que la Historia nos enseña.

Pero si no se ha hecho de la Edad Media todo el aprecio que merecía, más aún que á la escasez de documentos, se debe á los errores de escuela, á los errores sociales, á los errores de hombres doctos y sistemáticos. Dirigiéndose la literatura únicamente á adornar la inteligencia, creía completa la instrucción cuando se conocían los autores y las costumbres de Grecia y de Roma; tomaba por maestro ó testigo á Cicerón, no á San Agustín ó á San Juan Crisóstomo; á Catulo, no á Prudencio. Limitada al estudio de los clásicos, y rindiendo culto á la pura forma, ascarneció por ligereza ó condenó por ignorancia á la Edad Media, presumiéndose dispensada de estudiarla, porque la había considerado como un lamentable retroceso del espíritu humano.

Los literatos, admirados del buen orden que, á lo ménos según los libros, reinaba en medio de la magnificencia romana y de la elegancia griega, y asombrados del carácter de unidad de aquella civilización, no podían resistir sin deslumbrarse el movimiento vertiginoso de la civilización nueva, en que los francos, godos, vándalos, alemanes, normandos, sarracenos y griegos conservaban las variedades del carácter nacional; en que subsistían al lado de instituciones cristianas y septentrionales, otras antiguas y gentílicas; en que se erigían junto á los monumentos romanos, otros monumentos bárbaros que mezclaban lo trágico con lo burlesco, lo gigantesco con lo gracioso, el ángel con el demonio; en que se cultivaba la literatura romana en los conventos, la septentrional y guerrera en los castillos, y una nueva y galante en los palacios y en los tribunales de amor; en que se veían establecidos al mismo tiempo todos los géneros de propiedad; toda especie de leyes, feudos, alodios, manos muertas, libre posesión, enfiteusis, derecho sálico, gótico, lombardo, eclesiástico, latino; todo linaje de privilegios y de servidumbre, la libertad aristocrática del noble, la individual del sacerdote, la privilegiada de las inmunidades, de los gremios, de los conventos, la representativa de los comunes; la esclavitud romana, la esclavitud política, la esclavitud del extranjero; pontífices riquísimos al lado de un orden que se entusiasmaba sosteniendo el derecho de ser pobre y de no poder llamar suyo el pan que comía; diversidad de poderes, ya contrapesándose, ya en oposición; el poder de los príncipes, el de los reyes, el señorial de los barones, el republicano de los cónsules, el espiritual de los obispos; el exterminio y la renovación; el desorden y la armonía; el ateísmo y la superstición; la herejía y el dogma; y todo esto, mezclado, confundido á la manera que por el camino mismo y en las iglesias se veían indistintamente magnates, caballeros, obispos, sacerdotes, frailes de todas las órdenes, magistrados, cofrades, artesanos, peregrinos, aldeanos, todos con trajes diversos en formas y colores.

Contemplando este caos bajo el punto de vista de la antigüedad, ¿cómo era posible sacar de él ninguna idea exacta? Por eso Vico no vió en él sino la vuelta de la barbarie heroica, según lo exigía su sistema de círculos fatales; por eso una escuela clásica quiso explicarlo con las formas griegas romanas, como los jurisconsultos del siglo XV, que pretendían originados de los feudos la enfiteusis y el usufructo, ó como César Cicerano, que creía ver practicadas las teorías de Vitruvio en la catedral de Milán; porque los hábitos de colegio hacían ver y encontrar en todas partes héroes romanos, Escipiones y Cincinatos.

Así, por ejemplo, si en el *Breviario* de los Borgoñeses se hallaba una cosa no conforme con el texto Teodosiano, se declaraba que era error de barbarie en vez de tenerla por acomodamiento conveniente á la diversidad de circunstancias; cada frase ó palabra que no se encontraba en los clásicos se llamaba barbarismo; y tenía por toscos todo edificio que no tuviese por modelos el Panteón ó el Partenón.

Otros más ligeros creyeron indigno de sí mismos detenerse á indagar el conjunto de causas que influyeron en los acontecimientos, y no queriendo ver en ellos más que un impulso de barbarie, comprendieron mal los efectos, atribuyeron á próximos y limitados orígenes lo que provenía de manantiales vastos y

lejanos, y no adivinaron el carácter de unos siglos llenos de tantos problemas y generadores del tiempo presente. ¿Qué más? ni siquiera se tomaron la molestia de formar una opinión con respecto á ellos, antes bien evitaron la discusión, que aun siendo errónea, conduce á la verdad, juzgando de consiguiente á la Edad Media con observaciones precipitadas y vulgares, del todo insuficientes. Helvecio y Raynal ni aun se dignaron echar una ojeada á aquellas tinieblas *sin nombre*, á aquella *estéril barbarie*; Montesquieu declara *idiotas* las leyes de los bárbaros, sin exceptuar las de los visigodos; los literatos ingleses que ocupáran un tomo de su historia universal con los milagros de Mahoma, sólo conceden á Carlo Magno sesenta y dos páginas (1); Tiraboschi no pudo comprender que la invasión de los bárbaros, las divisiones de Italia y el sistema feudal, pudieran ejercer la menor influencia en la literatura (2); Botta no tiene á mano sino injurias cuando se refiere á la *estúpida y desenfrenada Edad Media*; Robertson considera las cruzadas únicamente como un *espléndido monumento de la locura humana* (3); Voltaire, ocupado en mofarse del género humano, y en mostrarlo siempre engañado, á cuyo intento explica los hechos más importantes como efecto de las más pequeñas causas, dice que *no se debe conocer la historia de aquellos tiempos sino para despreciarla*; al llegar al período que Montesquieu llama *momento único en la historia*, el feudalismo, sólo sabe decir que *se ha buscado muy lejos el origen de este gobierno, no debiendo suponersele otro sino la antigua costumbre de todas las naciones de imponer al más débil un homenaje y un tributo* (4); en la gran cuestión de las investiduras, que incluía en sí la independencia de la Iglesia y de las conciencias, se contenta con indicar que *combatían por una ceremonia insignificante*. ¿Cómo no advirtió que era un palenque en que luchaban la opinión con la fuerza y la libertad con la opre-

(1) Tomo LXV, edic. de París, pág. 24, 86.

(2) *Historia de la literatura italiana*, III, cap. I.

(3) *History of the reign of Charles the fifth*.

(4) *Essai*, etc., c. 33.





sion, cuando él mismo había dicho en otra parte que *en la Edad Media el papado era la opinion?* Pero aquellos filósofos, en nombre del libre exámen, se creían dispensados de examinar, y negaban el título de libre pensador á todo el que quería instruirse ántes de juzgar.

Ideas mezquinas á que todavía prestan fe los pedantes adoradores de lo pasado, y quizá en Italia más que en otros países, ya por veneracion á sus grandes, aunque no virtuosos progenitores, cuyas maldades pesan sobre la negligente posteridad, y pesarán hasta que se hayan cumplido el justo juicio y la preparacion que Dios hace en el abismo de su consejo, ya porque allí existen aún algunas instituciones que fueron abusos, pero que se pretende considerar como inherentes al poder que prevaleció en aquellas edades.

Precisamente los sentimientos religiosos constituyen otra de las dificultades para apreciar con justicia la Edad Media. Era aquella una época de creencia y de grande unidad, que no puede comprender el que no contemple á la sociedad identificada en cierto modo con el pueblo y la Iglesia; y á ésta, opuesta en un principio á los gobiernos bárbaros, y luégo en armonía con la sociedad feudal, modificándola y dirigiéndola, esparciendo su aliento vivificador en aquel informe caos, elevando el instinto grosero de un conjunto desordenado de individuos á la sublime personalidad de una asociacion racional y benévola. Cambiaron los tiempos; lo que entónces era conveniente é iniciador, pudo llegar á ser todo lo contrario; pero al combatirlo, se echó en olvido el hacer la debida distincion de las épocas y de los hombres.

Ya se había empezado á despreciar á la Edad Media cuando los estudios clásicos renacieron en Europa; entónces, el entusiasmo excitado por un descubrimiento y la admiracion que inspiraban unas formas tan superiores á todo lo que estaba á la vista, introdujeron cierta idolatría respecto de los autores resucitados, que alcanzaba á su patria y á sus instituciones. Multitud de retóricos, arrojados de la conquistada Grecia, se derramaron por los reinos de Occidente, predicando lo único de que tenían conocimiento, á saber, el culto de la an-

tigüedad, y dirigiendo á ésta los ánimos hasta el punto de descuidar y vilipendiar lo que no emanase de ella. La reforma vino luégo á aumentar el desprecio hácia la Edad Media, en el momento en que había cesado de abrazarse el estudio de la antigüedad en su conjunto y de contemplarse cada cosa en su lugar y en sus relaciones con la historia del mundo; y además de que la atencion no se fijaba sino en los griegos y latinos, el odio que se profesaba á las instituciones católicas impedía conocer la conveniencia de éstas. Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III y Gregorio IX parecieron fanáticos é impostores, ocupados únicamente en aprovecharse de la ignorancia y de la supersticion; y se llamó ignorancia y supersticion á todas las obras, á todas las instituciones de la Edad Media.

Apareció despues la filosofía del siglo pasado, proponiéndose destruir las jerarquías civil y religiosa, por considerarlas opuestas á la igualdad social á que tiene derecho á aspirar una época más avanzada. Ambas jerarquías habían debido su nacimiento y su consolidacion á la Edad Media; de suerte que se miró como un arte de independencia el despreciar y combatir á ésta, y se juzgó libre pensador á todo el que se mostraba enemigo, no sólo del catolicismo, sino tambien del cristianismo.

Ayudaba á la libertad, como acontece con frecuencia, la tiranía, pues los príncipes querían verse libres del freno, que á falta de otro, les había impuesto la autoridad eclesiástica; y así, para destruir esta autoridad, de la que ya no quedaba sino una sombra, la atacaron en los tiempos en que existía realmente como único contrapeso á los excesos de los señores, que insultaban la debilidad del pobre pueblo y las luces del clero. Hasta hubo insignes escritores católicos que, desconociendo y calumniando el ministerio de los papas en sus relaciones con su siglo, y en sus luchas con el poder temporal, oscurecieron la inteligencia de los tiempos en que dominaba la autoridad pontificia.

Contribuyó á aumentar la confusion el hábito de juzgar las cosas pasadas por el espectáculo que presentan las actuales. Es harto difícil al hombre desembarazarse del círculo que



le trazan sus costumbres; y si una ingeniosa mentira llega á persuadirle que se han visto habitantes en la luna, al momento los acomoda á su modelo, y les atribuye nuestras artes y usos. ¿Cómo, pues, unos siglos cuyo carácter es la medianía, la nivelacion, han de formar juicios acertados acerca de épocas y de hombres extraordinarios? Por ventura, el que atiende solamente á la elegancia y urbanidad de las costumbres, á los refinamientos del lujo y al bienestar de la vida, puede encontrar en la Edad Media otra cosa más que depravacion é infortunio? Y verdaderamente, si la gloria y la prosperidad de un siglo se midiesen por el número de los instrumentos que existen para perfeccionar y hermohear la vida, ¿cuál aventajaría al nuestro, enriquecido como se halla con la herencia de todos los precedentes? Pero la gloria consiste en la manera de emplear tales medios, y en el objeto á que se dirigen: admírese cuanto se quiera nuestra época; pero enúmérese entre sus mayores ventajas la de poder apreciar mejor y con más justicia el mérito de las pasadas edades.

Preocupados los ánimos en el último siglo por la organizacion monárquica, era imposible que comprendiesen la autoridad fraccionada entre los feudatarios y las municipalidades, y contrabalanceada por un poder inerme y por los innumerables privilegios de las corporaciones y de los individuos. Semejante al tembloroso anciano que se apiada del niño vivo é inquieto, al verle emplear la superabundancia de sus fuerzas y la necesidad de movimiento y accion en correr y jugar, así una generacion para quien la suprema felicidad es no hacer nada, una generacion que ama el orden, y que por orden entiende todo lo que no hace ruido, que no da lugar al miedo, que no turba ni á la virtud ni al vicio, ni al oprimido ni al opresor; esa generacion debe deplorar en su grado aquellas tempestades del progreso y de la libertad, las disputas en el consejo, los tumultos en las plazas, las batallas en los campos, en las escuelas, en las iglesias. Pero no; la agitacion no es la desgracia; en el movimiento está la vida, así como en la inercia la muerte; y en los tiempos en que

nada parece imposible al que cree y quiere con voluntad firme, hasta las ambiciones redundan frecuentemente en provecho social. Todo se ensaya cuando todo se ignora; y ansiosos los hombres de poseer un estado mejor que les es desconocido, hacen experimentos, crean, inventan, buscan algun orden en medio de la general disolucion.

Nuestros antecesores no obraban así estimulados de la razon y de los cálculos del interes individual, sino en alas de su fantasia y por un movimiento espontáneo: la vida pública estaba cifrada en el sentimiento, que hoy se ve excluido del todo, reinando en su lugar la opinion, ya impuesta, ya imitadora: en vez del egoismo reflexivo una genérosidad general impelia á los ciudadanos á echar de comun acuerdo los cimientos de catedrales, cuyo coronamiento debían poner sus nietos; al caballero á exponer su existencia para defender la inocencia y el honor de personas desconocidas, y á toda Europa á precipitarse sobre el Asia, no á consecuencia de los decretos de un rey, sino voluntariamente, para verter su sangre y con ella economizar la de generaciones enteras.

Ahora bien, ¿cómo ha de penetrar en el razon de aquellos tiempos aquel que no deponga los hábitos de nuestro siglo, sumido en un cúmulo de libros, metales, números, alambiques y cadáveres? ¿Cómo ha de comprender las antiguas instituciones, donde todo marchaba en virtud de movimientos particulares, el partidario de las instituciones modernas, que dirigen todos los pasos, y concentran las fuerzas individurles hácia un solo objeto? Ya son príncipes que pretenden cambiar su primacia feudal en dominio, y en reemplazar la jerarquía de las tierras con la jerarquía de las personas: ya barones que aspiran á incorporar en su feudo el del vecino; ya concejos que reclaman franquicias; mercaderes que especulan con nuevas industrias; caballeros que van en busca de aventuras; sacerdotes deseosos de elevarse á los primeros puestos de la Iglesia; teólogos que obligan á Aristóteles á apoyar la doctrina de Jesucristo; misioneros que llevan á los bárbaros la fe y la civilizacion: en los torneos se combate con las armas y en las escuelas con